

1

Mesías

Estaba guardando cola. Todos querían algo, todos pedían algo. Un alumno salía, otro entraba. Una compañera nos contaba sus penas con voz ronca. En el fondo nadie la escuchaba. En aquella revisión unos buscaban el aprobado, otros el notable, y algún pelota, un futuro puesto en el departamento de Filosofía. Al fin y al cabo, estábamos en el último curso de carrera.

—¡Eh, eh! Al final no era lo que yo pensaba. Me ha puesto un siete —dijo la chica, cuyo problema nadie atendió.

Bueno, el siguiente entró. Y el siguiente. Lo mío tenía su importancia, y por eso dejaba pasar al resto.

—Adelante.

Cerré la puerta. Allí estaba alguien con ganas de repartir panes y peces. Pero yo también tenía ganas de repartirlos a mi manera.

—Vamos a ver, he tenido problemas en puntuarte. Qué quieres, ¿un siete?

—Quiero que hablemos del trabajo sobre el libro de Karl Popper, de los comentarios que he hecho en él —le dije con una mezcla de timidez y orgullo.

—¿Quieres que charlemos de Popper? —preguntó, ocultando su indiferencia.

—De Popper y de mí.

—No seas popperiano. Popper cree en la razón y esas cosas...

—No soy popperiano.

No había leído con atención el trabajo, o al menos no se acordaba bien, y hablaba por hablar. Sacó lo que había escrito. Estaba amontonado, junto a gran cantidad de morralla.

—Aunque este, desde luego, no es el peor de todos —añadí, seguro.

Empecé a explicarme. Le pregunté si había leído el concepto «instinto de eternidad». Parecía que sí, que eso lo había leído.

—Bueno, olvídate de ese concepto. Veo que eres una olla a presión, muchas ideas... Necesitas poner orden.

Quería complacerme, pero no lo iba a conseguir. Al final encontré el modo de complacerme a mí mismo.

—Mire, no sé si se habrá dado cuenta de que en el fondo me creo en posesión de ciertas verdades —levantándome, y de nuevo con esa mezcla de orgullo y timidez, pero ya exaltado, le solté que me siento, y digámoslo en el mejor sentido del término, un nuevo mesías de la filosofía.

El profesor seguía allí, como si eso ya lo hubiera escuchado muchas veces. Demasiados alumnos con afán

de notoriedad, quizás. Ni se inmutó, o trató de guardar la compostura lo que pudo.

—Hasta luego.

—Cuando quieras vienes y seguimos hablando.

Cerré la puerta. Silencio. No había nadie esperando. Solo. Volví con la gente con la que me juntaba, entre ellos algún *atontao*.

—¿Qué te ha dicho?

Conté parte de esa conversación, parte interesada, como ahora. Ese día me di cuenta de lo mucho que me iba a costar convencer de mis ideas al resto, del largo camino que me quedaba por delante.

—Tío, no puede ser que tú seas igual que yo. No. Yo soy el mesías, tú no. Es increíble. ¿Le has dicho eso?

Me gustaba ese chaval, uno de los pocos que merecía respeto. Con él podía hablar de tú a tú sin morderme la lengua. Se llamaba Óscar Amor. Era tímido, inteligente, drogadicto, y andaba mal de la azotea. Había leído cosas mías, hablábamos mucho. A veces hacía frío, la conversación era intensa. No lo notábamos. Siempre se nos acoplaba gente, pero no teníamos valor para decirles que se fueran a la mierda. Óscar y yo nos llegamos a llevar muy bien, pero todo se jodió. No tengo ni idea. Llevaba mala vida, e igual ha muerto.

2

La siguiente vez que vi al profesor fue en una conferencia soporífera sobre Hannah Arendt. Fui con un antiguo compañero de universidad, también alumno suyo. Terminé cansado de todos aquella mañana. De los que daban la charleta, de mi compañero, del auditorio, de la buena de Hannah. Cuando aquel hombre me reconoció, no quiso ni mirarme; se vio obligado. Saludó al que tenía al lado, habló con él. Me alegré; no teníamos nada en común y habría sido un tanto violento. Luego, el que me acompañaba y yo nos encontramos con dos ex compañeras. Saludaron al profe cuando tuvieron ocasión. Ellas, tímidas, muy tímidas.

—Ha estado muy bien. Nos ha gustado mucho.

En el fondo querían arrimarse a la «sabiduría» por si se les pegaba algo, y un futuro revolcón. No me engañaban las mojigatas esas. Poca cosa le decían, solo le lanzaban flores. El hombre este que me despreciaba se despidió soltando una baba, enrojecido...

—Venga, hasta luego, Arendtianos.

Tanta filosofía para terminar así. Menudo pan sin sal. Luego hice un comentario a las chicas. Una me

gustaba algo, la otra un callo. La más fea citó a Savater, hubo un silencio. Dije algo sobre la inteligencia espacial y verbal, y tenía que ver con algunos estudios que diferenciaban las mentes de hombres y mujeres. A mí no me hicieron tanto caso. Incluso hubo discrepancias.

Una vez nos quedamos solos, Felipe, que así se llamaba mi ex compañero, estuvo hablándome acerca de una pregunta que quería haber hecho y que no se había atrevido a hacer. Parecía que los libros conducían a ser así, un timorato. Pensé que había que alejarse de ellos, de tanto libro y de tanta reserva. Había que vivir la vida de otra manera. Las aulas le vuelven a uno gilipollas. Bueno, mi colega me dejó en una estación de Metro, y pensé en tíos que sabían disfrutar y que se lo montaban mejor: Edu y Raúl. Les llamé, allí estaban, en un pub, el *Camelot* de Getafe. Los dos habían pillado cacho. Y yo fuera del ajo. Fui hacia ellos volando. A mí me habían chupado la sangre esa tarde y esperaba recargarla por la noche. Me estuvieron contando:

—Al fin rompo la sequía, han sido solo unos arrumacos, pero el ego está bien agradecido. Si quieres saber con quién, ahí está.

La pava ya estaba liada con otro. Gordita, pero cachondona. Una rubita un tanto sudorosa, pero potable. El otro, Raúl, me contó con chulería algo sobre una que ya conocía.

—Tío, me la he llevado a un garaje que estaba abierto, nos hemos puesto entre dos coches, me la ha comido

y le he dejado el corridote en su abrigo. Ahí se lleva el regalo, colega.

Yo me reía con alguno de esos comentarios salidos del calimocho más barato, a la par que envidiaba la suerte de mis amigos. Porque uno no solo vive de pensar que tiene verdades incontestables. Este mesías sufre de picores y necesita quien le eche una mano. Así que pensé en hacer algo que pudiera contarse, algo que no se había dicho en la conferencia de Filosofía. Pero no pudo ser; esa noche, como tantas otras, no pudo ser, y tuve que contentarme con mis verdades, mi conferencia, el alcohol... En pensar en futuros días de gloria, en mujeres de enormes pechos y culos en forma de corazón, pidiendo a gritos que el mejor escritor de la historia las penetre como un toro, dándolas buen placer y buenas cachetadas en el trasero, besando sus carnosos labios, abriéndolas como un compás... Mientras me dicen lo bien que lo hago, lo enamoradas que están y lo grande que soy.

3

Y bueno, lectores, quiero decirles que, con anterioridad, a mitad de carrera aproximadamente, ya me quisieron dar una cura de humildad por mi supuesta vanidad, en un primer intento por significar algo de mi oculto mensaje. No la acepté. Estaba con una compañera de clase, Gemma León; solíamos sentarnos juntos meses atrás. Íbamos solos de camino a casa. Discutimos dos aspectos. Al principio, acerca de su pasado comunista, que ahora ella negaba. Por favor, hacía cuatro días la había escuchado citar a tipos de la revolución rusa, nombres desconocidos... Sentía admiración por ellos. Grandes hombres. Unos meses después, ya no. Quizás fuera eso lo que me encendió para lo siguiente: su falta de memoria, de rigor consigo misma, de coherencia... Quizás que no terminara de darme la razón.

—Tengo ideas, Gemma, ideas que pueden revolucionar el mundo —no se sorprendió—. Nadie ha contado estas verdades.

—Quizás te crees que esas ideas son originales, pero estoy segura de que eso ya se ha contado.

De alguna manera afirmó una frase que me disgusta sobremanera: «Ya está todo inventado».

Nadie se ha pronunciado en mis términos. Estos conceptos tienen un fondo nuevo, y el que preste atención lo entenderá. Pero hay que prestarla.

Empecé a explicarme, pero sin revelar gran cosa.

—Vale, tú dices que el hombre no es ni bueno ni malo por naturaleza; bien, eso no tiene nada de nuevo.

Continuaba su indiferencia ascendiendo en niveles de hartazgo, mientras se acrecentaba mi ira.

—Otros lo han dicho, pero el contenido es distinto.

Los comentarios iban llenos de seguridad y de cierto desprecio. Al fin y al cabo, me sentía único. De algún modo, el que osara contestarme era un ignorante, y no sabía con quién hablaba y el peso de mi pensamiento. El esfuerzo, el dolor, la meta.

La conversación seguía. Gemma no me estaba tomando en serio. Dijo algo así como que no me creyera lo que no era. A mí me costaba mirarla a la cara. Así, entre nosotros, quizás todo fuera porque me rechazó el año anterior y quería demostrarle lo mucho que se perdía.

—Kant es un fantasioso. Rousseau dice bobadas y además es un hipócrita. Hobbes miente, Sartre miente, incluso Freud. Unos más, otros menos, les falta la guinda... Y mucho pastel. Por eso su pensamiento es endeble y no cierra bien. Hay una ciencia muy sencilla que se les ha escapado a todos.

—Claro, y tú la tienes. No te creas tan listo. No eres tan listo.

Estábamos ya dentro de un vagón. Levantaba la voz mientras ella se mantenía templada. Siempre que trato de explicar algo de lo que estoy convencido y me quieren llevar la contraria, termino subiendo el tono, con los ojos rojos y los labios resecos.

—No respeto a Platón. Ese es el más cuentista de todos.

Esto lo escucharon unos tipos algo más jóvenes que yo. Deberían de tener veinte o así. Miraron raro, diciéndose «vaya freak».

—Tú no eres Platón ni ninguno de esos tíos —hubo un silencio muy cortante.

—Venga, ciao.

—Venga.

Bajé del Metro y me fui caminando bajo un fuerte sol que avecinaba el verano. Si se me estaban reblandeciendo los sesos aún más o no con tanto calor (si es que lo habían hecho en alguna ocasión), es algo que sigo preguntándome. El caso es que, mochila al hombro y mirando a nadie, salvo a mí mismo, me fui meditando, repasando nuestra conversación y volviendo sobre mis teorías. Era así siempre, una y otra vez: la obsesión de volver a repasar aquello que no tenía respuesta, o que dicen no tenerla.